

EL ARTE MONETARIO VISIGODO

Las Monedas como Documentos.

Bajo estos títulos apareció en el «Archivo Español de Arqueología» N.º 51 (Madrid 1943) un estudio de la pluma del numismático Felipe Mateu y Llopis, que se ocupa del importante papel ejercido por la cultura bizantina en nuestra península durante los siglos v y vi. El citado autor no se limita a la numismática, sino que extiende su estudio sobre todo el desarrollo cultural y político de aquella época, y no escatima en recopilar una larga serie de datos y acontecimientos, lo que hace interesante la lectura.

Precisamente a lo que afecta la numismática, no podemos sin embargo seguir el criterio de él. Afirma con mucha insistencia la gran influencia bizantina en el arte monetario visigodo, tanto durante el reino de Tolosa, como el de Toledo, es decir en los tiempos anteriores a Leovigildo (pág. 172). La misma afirmación la repite en pág. 177: «El arte monetario visigodo es en sus orígenes, producto de imitación bizantina», y hasta que añade por dos veces, (pág. 176 y 180) que en los cuños de estas monedas visigodas no se encuentra «*ni un sólo elemento caprichoso*» y que todos se deberán a aquella fuente de inspiración. Queriendo demostrar aun más dicho fenómeno, cree (pág. 187): «en tan estrecha relación Hispania con Bizancio, cabe pensar, si las abundantes imitaciones monetarias... pudieran ser facilitadas precisamente por la proximidad primero, y la presencia luego de los imperiales de aquella zona peninsular.»

Creemos, que con todo ello se ha ido demasiado lejos, ante todo por no haberse tenido en cuenta los estudios especiales publicados en los últimos años sobre esta materia. Las siguientes líneas quieren comprobar, que ocurrió precisamente lo contrario, y que en las monedas visigodas en cuestión, no se encuentra ni un sólo elemento caprichoso *del arte monetario bizantino*.

Al empezar los visigodos en su reino de Tolosa a acuñar monedas, copiaron las monedas romanas contemporáneas, pues las monedas imperiales fueron las únicas que gozaban crédito, tanto en la Galia, como en el resto del Occidente. Las monedas

galo-visigodas que salieron de los talleres de Tolosa, y mas tarde de Narbona, llevan el busto del emperador romano y su nombre (1). El tener el mismo peso de oro les daba a estas imitaciones el mismo valor intrínseco, por lo cual, y ante todo por la necesidad comercial no debe extrañarnos de haber sido aceptadas igualmente como las monedas romanas auténticas.

En cuanto a los *sueldos* galo-visigodos, eran fieles imitaciones romanas, mientras en los trientes se emancipaba de ellos, creándose tipos propios. Cuando se hundía el imperio del Occidente, y los emperadores del Oriente se consideraban herederos de aquellos, lo más lógico era de poner sus nombres en las monedas galo-visigodas, conservándose sin embargo *los propios tipos*, no habiendo existido la más mínima influencia bizantina en el arte monetario visigodo.

Comprobamos primero el caso de los *trientes*, que M. y L. califica como «imitaciones bizantinos». No conocemos ninguna moneda bizantina, que pudiera haber servido de modelo para el triente visigodo en cuestión. M. y L. enseña en su grabado N.º 2 un triente del emperador bizantino Anastasio, que por lo visto considera como modelo, pero una simple comparación, descubre su error. Aparte de ser el anverso el corriente romano, resulta el reverso completamente distinto, pues no enseña la «Victoria» marchando a la derecha, emblema que no lleva ningún triente bizantino, en cambio si todos los trientes visigodos hasta en tiempos de Leovigildo. El origen de este reverso fué tratado ya en una de mis publicaciones, (2) reseñado como todos los demás mencionados en el presente artículo, en la revista «Ampurias» III pág. 203/4. En este trabajo se ha comprobado, que los galo-visigodos en tiempo de Alarico II cambiaron de repente el reverso—tal vez por motivos religiosos—y que pusieron en su lugar un emblema utilizado ya por los romanos en los quinarios de Trajano (Cohen II p. 39 N.º 195). Se trata precisamente de nuestra «Victoria», con ramo y corona y marchando a la derecha. Este quedó en todos los trientes visigodos hasta en tiempos de Leovigildo. Los

(1) Véase Wm, Reinhart: «Die Münze des tolosanischen Reiches der Westgoten», en Deutsches Jahrbuch für Numismatik, 1938. Un nuevo y revisado trabajo en español aparecerá dentro de poco en «Archivo Español de Arqueología», Madrid.

(2) «Die früheste Münzprägung im Reiche der Merovinger», en el mismo Jahrbuch del año 1938.

trientes contemporáneos bizantinos, en cambio muestran en el reverso la Victoria de frente.

Resulta por lo tanto, que el triente, moneda principal de los visigodos, no lleva ni el anverso, ni en el reverso nada del arte monetario bizantino.

Descartado el triente como imitación bizantina, nos quedan de tratar los *sueldos*, apenas mencionados por M. y L., a pesar de publicar tres sueldos bizantinos (su N.º 1, 3 y 4), que al lector hacen creer tratarse de modelos para las imitaciones visigodas. Los sueldos visigodos (hasta ahora nunca tratados en la literatura española), tampoco tienen su origen en el arte monetario bizantino. El anverso, de tipo romano, ya enseña una concepción artística a la de la moneda bizantina, mientras el reverso, es una copia de un sueldo romano occidental, primeramente empleado en los sueldos de la Galla Placida (Cohen VIII, 196, 13). Representa la Victoria a la *izquierda* con una pértiga de cruz en su mano. Los sueldos posteriores de Glicerio y Julio Nepos igualmente llevan este reverso. Los galo-visigodos lo copiaron ya en tiempos del emperador Valentiniano III (425-455) para sus trientes, y luego para sus sueldos, acuñados a nombre de Julio Nepos (473-475). Después del hundimiento del imperio del Occidente se conserva este mismo reverso, y lo llevan *todos los sueldos hispano-visigodos* a nombre de emperadores bizantinos, incluso Justiniano. Estos por lo tanto no pueden ser «imitaciones serviles» de los sueldos bizantinos, siendo además los reversos de los sueldos bizantinos de Justino I y Justiniano como lo prueban los grabados N.º 3 y 4 de M. y L. totalmente distintos, pues llevan la Victoria de frente.

Comparado con los trientes hay menor cantidad de sueldos visigodos conocidos, por eso sin embargo no hay motivo de tratarlos ligeramente, mencionando solo (pág. 188) que «fueron hallados tales sueldos en Extremadura hacia 1886» y más adelante (pág. 191) «que existen o han existido en colecciones de Sevilla», no teniendo en cuenta lo tratado en la bibliografía moderna sobre ellos. Al principio de su trabajo nos manifiesta M. y L., que este va «desprovisto de todo aparato bibliográfico» sin darnos razón para ello.

Con todo ello queda igualmente probado, que en aquel tiempo entre 507 y 568 no existía influencia bizantina en el arte monetario visigodo, «por la proximidad primero y la presencia luego de los

imperiales en la península». La presencia de los imperiales fué mas bien contraria a ella, pues por ser enemigos de los visigodos se suprimía en la gran mayoría de los trientes los nombres de los emperadores bizantinos, sustituyéndolos por letras confusas e ilegibles (1).

Lo que M. y L. olvidó de tratar es la importante parte técnica del arte monetario y en ella las acuñaciones visigodas no recibieron influencia alguna, ni de los romanos occidentales ni de los bizantinos.

Hay otros puntos, en que no nos es posible seguir el criterio de M. y L. y mencionamos ante todo un error de bastante importancia; se refiere a las monedas del reino suevo, que este autor incluye sin motivo en sus «monedas previsigodas» (2), considerándoles también de imitación bizantina. Dice en la pag. 188: «Los sueldos de Teodosio II (408-450) eran imitaciones ya, por los suevos en Gallaecia, zona del actual territorio de Portugal, en tiempos de Hermerico (409-440) como afirman los hallazgos. A partir de entonces no cesaron las imitaciones y las a nombre de Justino I (518-527) sus inmediatos sucesores (?) fueron abundantisimas». Es muy deplorable, no conocer la fuente literaria de tal afirmación, que se aparta de todos los estudios hechos sobre las monedas suevas. A pesar de tratarse de «abundantisimas» monedas no se conocen esas imitaciones bizantinas en colecciones oficiales o particulares de Portugal. Al contrario son muy raras las monedas suevas, pues no se conocen más de aproximadamente un centenar de ellas. Gran parte de ellas fué publicado por dos veces en los últimos años, principalmente procedentes de hallazgos en Portugal (3).

Los sueldos suevos, no son a nombre de Teodosio II y sus sucesores sino únicamente al del emperador romano Honorio (393-423). Los trientes llevan primero el nombre de este, y luego el de Valentiniano III, y posteriormente ya fueron de tipo autónomo. Por lo tanto, no existe imitación alguna del numerario bizantino, ni había

(1) Véase Wm. Reinhart: «Die Münzen des westgotischen Reiches von Toledo» en: Deutsches Jahrbuch für Numismatik, 1940/41. Una edición revisada española aparecerá junto con el trabajo mencionado en la nota 1.

(2) Encontramos la expresión «previsigoda» para las monedas acuñadas con anterioridad a Leovigildo como errónea por dar lugar a la creencia de tratarse de monedas acuñadas con anterioridad de la entrada de los visigodos.

(3) Véase: W. Reinhart: «El reino hispánico de los suevos y sus monedas» en: Archivo Español de Arqueología N.º 49, Madrid 1942.

motivo para ello, porque los suevos no tenían relaciones con el imperio bizantino hasta casi al final del reino, cuando Teodomiro envió legados a Constantinopla con fines políticos. Las monedas suevas se emanciparon de las romanas, mucho más pronto, que los de los demás reinos germánicos.

Relacionado con las monedas suevas encontramos interesante, que M. y L. mencionó (pág. 190) los «sólidos romanos» y los «gallaecanos» sin darnos motivo para la distinción de unos y otros. Podemos añadir, que los sueldos «gallaecanos» mencionados en documentos de la reconquista no son otros que los sueldos *suevos*, que aun circulaban junto con los romanos. La distinción se halla ante todo en el peso. A base de la metrología sueva tenían los sueldos solo un peso de 3'6 a 3'75 gramos, es decir, no alcanzaron al peso normal de los «sólidos romanos», que tenían unos 4'5 gr.

Por último, nos parece propio llamar la atención al grabado n.º 9 del trabajo de M. y L. que representa un triente que enseña Leovigildo con una corona en la cabeza, de tipo medieval en su última época. El busto del reverso sin corona, debe según el autor representar al príncipe heredero «como en Bizancio». Esta moneda, aunque ya publicado por Heiss (n.º 15) es falsa, y existen varias piezas de ella incluso una de cada en los museos de Barcelona y de Alicante. Fué incluida ya en una publicación sobre monedas visigodas falsas (1).

Con esto, terminamos nuestras consideraciones sobre el mencionado e interesante estudio de la influencia cultural de los bizantinos en nuestra península. Los errores en la parte netamente numismática como ya hemos mencionado hubieron podido ser evitados por la lectura de las obras modernas sobre la numismática de la época germánica. No nos parece propio pasar por ellas, opinando simplemente: (pág. 191) «Como ya se observó en 1882 por P. Ch. Robert, la distribución de las imitaciones entre los diferentes pueblos germánicos no puede hacerse sino con reservas...» Una opinión de hace 62 años nos parece poco apropiado de aplicar en un estudio moderno.

WM. REINHART.

(1) Del mismo autor: «Neuerliche Fälschungen westgotischer Münzen» en: Deutsche Münzblätter, Berlín 1937 n.º 2.